

dres, ofrece estos presentes á Su muy gloriosa y excelente Majestad, señor del Ichaddan, rey de los Elefantes, dueño de muchos elefantes blancos, propietario de las minas de oro, plata, rubíes, ámbar y rica serpentina, soberano de los imperios de Thuna-Pasenta y de Tampadipa y de otros grandes imperios y países, y de todos los jefes de quitasol, sostén de la religion, monarca salido del sol, árbitro de la vida, rey grande y justo, rey de los reyes, poseedor de dominios sin límites y de la suprema sabiduría. El heraldo leía en el tono de un recitado cómico extraordinariamente parecido al que se emplea en los servicios religiosos de la Iglesia, y la palabra Phya, a, a, a, a, a, (monseñor) pronunciada con un tono monótono, y que terminaba el recitado, aumentaba la semejanza, porque hacia el efecto de la palabra *amen* de la liturgia, signo de analogía con el culto religioso (1).

Dado ya el nombre metafóricamente descriptivo, tenemos el gérmen de todos esos títulos honrosos primitivos que, siendo en un principio títulos individuales, se han convertido en algunos casos en títulos unidos á funciones.

Decir que las palabras que en diferentes idiomas corresponden á nuestra palabra *dios*, eran en su origen descriptivas: será sorprender mucho á los que poco familiarizados con los hechos, honran á los salvajes suponiéndoles pensamientos parecidos á los nuestros, y parecerá absurdo á los que conociendo algo los hechos se empeñan sin embargo en afirmar que el hombre ha poseído desde su origen la idea de un sér creador del Universo. Pero el que estudia los hechos sin idea preconcebida, halla en ellos la prueba de que la palabra genérica que designa á la divinidad, fué simplemente en un principio una palabra que expresaba su superioridad. Entre los Fijianos, este nombre se aplica á todo lo que es grande ó maravilloso; entre los Malgachos, á todo lo que es nuevo, útil ó extraordinario; entre los Todas, á todo lo misterioso; de manera que, como dice Marshall, «esta palabra es verdaderamente un adjetivo que expresa eminencia.» Esta palabra se aplica de la misma manera á las cosas animadas que á las inanimadas, para indicar una cualidad superior á la comun; en este mismo sentido es como se aplica á los seres humanos, vivos unos, muertos los otros; pero como los muertos son considerados como poseedores de los poderes misteriosos de hacer el bien y el mal á los vivos, la palabra acaba

(1) *Daily News*, 24 Marzo 1870.

por aplicarse á los muertos de una manera especial. Aunque las dos palabras *aparecido* y *dios* tengan para nosotros significaciones tan diferentes, no por ello dejan de haber sido sinónimas en un principio; ó mejor, originariamente, no hay más que una palabra para designar un sér sobrenatural. Por último, puesto que en la creencia primitiva el otro yo del muerto es igualmente visible y tangible para el vivo, de modo que es posible matarle, ahogarle, quitarle la vida por segunda vez; puesto que es tanta la semejanza que es difícil explicarse en qué consiste la diferencia entre un dios y un jefe, para los Fijianos; puesto que los ejemplos de teofanía de la *Iliada* prueban que el dios griego era bajo todos aspectos tan enteramente parecido al hombre que se necesitaba una perspicacia especial para reconocerle, de ahí ha debido resultar de una manera natural, que el nombre de *Dios*, dado á un sér poderoso considerado invisible por regla general, pero no siempre, fuese dado á veces á un sér poderoso visible. Hasta debió suceder inevitablemente, á consecuencia de esta teoría, que los hombres cuya capacidad sobrepuja á la de aquellos que les rodean, pasen por aparecidos ó dioses, seres á los cuales de ordinario se atribuyen poderes especiales. Por esto los Europeos son llamados *aparecidos* por los Australianos, los naturales de Nueva Caledonia y de las islas Darnley, los Kumans, los negros de Calabar, los Mpongwes, etc., que ven en ellos los duplicados de sus propios compatriotas fallecidos. Por esto reciben también el nombre de *dios* que les dan los Bosquimanos, los Bechuanas, los Fijianos, los Dayaks, los Africanos Orientales, los Fulahs, los Khonds, los antiguos Mejicanos, los Chibchas, etc. Por esto en ciertos pueblos civilizados los hombres superiores se apellidan á sí mismos dioses, empleando esta palabra en el sentido que acabamos de indicar.

Así entendido el sentido de la palabra *dios*, uno no se sorprende ya al ver cómo se convierte en un título honorífico. El rey de Loango recibe de sus súbditos este nombre; lo mismo sucede con el rey de Msambara. Aun ahora, entre los Árabes nómadas, el nombre de *dios* no tiene otro significado que el de un nombre genérico dado al jefe vivo más poderoso que conocen. Esto, mejor que toda otra explicación, nos autoriza á creer que el Gran Lama, adorado en persona por los Tártaros, recibe de éstos el nombre de *Dios el Padre* (1). Este hecho lo encontramos en armonía con otros; por ejemplo, el de que á Radama, rey de Madagascar, se le salude con las palabras: «¡Oh nuestro Dios!» por las mujeres que cantan sus alabanzas (2), y el de que esta sea

(1) John Pinkerton *General Collection of Voyages*. London, 1808, VII, 591.

(2) Ellis, *History of Madagascar*. I, 261.

la mejor expresion usada en honor del rey de Dahomey, que se llama *Espiritu*. Cuando llama á alguno cerca de sí, el mensajero dice: «El Espíritu os llama,» y cuando el rey ha hablado todos exclaman: «El Espíritu ha dicho verdad (1).»

Estos hechos nos hacen comprender que antiguos reyes hayan podido tomar el nombre de *Theos* como un título, lo cual parece sorprendente á los modernos.

El paso de este título honorífico al idioma de las relaciones vulgares, es raro sin duda, pero no por ello deja á veces de realizarse. Despues de lo dicho, no se sorprenderá uno de que él haya sido aplicado á muertos, entre los antiguos Mejicanos por ejemplo, quienes «llamaban á cada uno de sus muertos *teolt* tal, es decir, tal ó cual dios, tal ó cual santo (2).» Ante este hecho comprendemos que á veces se haya usado esta palabra como una fórmula de salutación entre vivos. «Cuando los Kasias se encuentran, dice el coronel Yule, se saludan con un llamamiento singular. ¡Kublé! ¡Oh Dios! (3).»

La relacion que une los dos títulos de *Dios* y *Padre*, se hace clara desde el momento en que uno se remonta á las primitivas formas de idea y de lenguaje en que no están diferenciadas estas dos palabras. Cuando se vé que en un idioma tan avanzado como el sanscrito, palabras que significan *hacer, fabricar, producir ó engendrar*, se emplean indistintamente con el mismo objeto, comprendese con cuanta facilidad, en el espíritu del hombre primitivo, la idea de un padre, como productor ó autor de nuevos seres, haciéndose invisible por la muerte, se asocia tanto en el lenguaje como en el pensamiento, con los autores muertos é invisibles que acaban por considerarse hasta con preferencia los unos á los otros, como productores en general, como creadores. Sir Rutherford Alcock observa que «las bases de todo gobierno se componen de una mezcla ilegítima de elementos teocráticos y patriarcales, tanto en China como en Japon, bajo emperadores que no solo pretenden ser los patriarcas y los padres de sus pueblos, sino tambien los descendientes de los dioses (4).» Mas por otra parte, da de este hecho una falsa interpretacion, porque explicarlo partiendo de las concepciones superiores de nuestro tiempo, en vez de tomar como punto de partida los conceptos inferiores del hombre primitivo. En efecto, lo que él cree

(1) Burton. *Mission, etc.* I, 262

(2) Fra Toribio de Benavente Motolinia. *Historia de las Indias de Nueva España*. 1569, Méjico. 1858, 31.

(3) *Journal of the Asiatic Society of Bengal*. Calcuta, XIII, 62.

(4) Sir R. Alcock. *The capital of the Tipoon*. London; 1863, II, 340.

ser una *mezcla ilegítima* de ideas, es en realidad una asociacion de ideas muy natural, que en este caso se ha perpetuado por mayor tiempo de lo que generalmente sucede en las sociedades avanzadas.

Entre los Zulús se vé muy claramente esta asociacion de ideas; en ellos se halla la tradicion de Unkulunkulu (literalmente, el viejo, algun viejo), «que fué el primer hombre... que vino á la existencia, y produjo hombres... que dió nacimiento á los hombres y á todas las cosas (inclusión hecha del sol, la luna y los cielos);» supónese que era negro, porque son negros todos sus descendientes. No es objeto de culto por parte de los Zulús, porque se le supone muerto de una manera permanente, pero son adorados individualmente en su lugar sus descendientes, los Unkulunkulus de diferentes tribus, y cada uno de ellos es llamado con el nombre de *Padre*. Ahí hallamos en relacion directa las ideas de creador y padre. Las contenidas en la respuesta que los antiguos naturales de Nicaragua daban á la pregunta:—¿Quién ha hecho el cielo y la tierra? eran tanto ó mas explícitas aun. Son «Tamagastad y Cipattoval» nuestros grandes dioses que llamamos *teotes*, contestaban inmediatamente; pero cuando se les compelia, añadian: «Nuestros padres son estos *teotes*... Todos los hombres y mujeres descienden de ellos... Son de carne y son hombre y mujer... Andaban por la tierra vestidos y comian lo que los Indios comen.» Una vez identificados los dioses y los primeros padres, quedaron asociadas las ideas de paternidad y divinidad. El antepasado más remoto, considerado vivo aun en el otro mundo al que pasó «el anciano, algun viejo, el anciano de los días» se transforma en la divinidad principal; la palabra padre no es ya, pues, como la suponemos, un equivalente metafórico de la palabra *Dios*, sino su equivalente literal.

Por eso hallamos estas dos palabras empleadas alternativamente como título, en todas las naciones. Hemos citado antes la plegaria de un natural de Nueva Caledonia dirigida al espíritu de su antepasado: «Padre bienhechor, hé aquí manjares para vos; comedlos, y en cambio sed bueno para nosotros;» este es un ejemplo de la identificacion original de la paternidad y la divinidad á que nos llevan todas las mitologías y todas las teologías. Segun esto, natural es que los Incas del Perú hayan adorado á su padre, el sol, que Phtah, el primero de la dinastía de los dioses que reinaron en Egipto, se llame «el padre del padre de los dioses;» y que Zeus sea «el padre de los dioses y de los hombres.»

Cuando se han examinado muchas de estas creencias primitivas, en las que tan poco distinguidos están lo humano y lo divino, ó despues de estudiadas las

creencias aun hoy subsistentes en la China y el Japon, cuyos soberanos llamados *hijos del cielo* pretenden descender de los padres, ó de los dioses más antiguos, fácil es comprender como el nombre de padre en el sentido más noble de la palabra, pudo convertirse en título de un potentado vivo. Estos mayores próximos ó remotos reciben todos ellos el nombre de padre, diferenciado únicamente por los determinantes *gran*, *gran-gran*, etc.; resulta de ahí que el nombre de padre, dado á todos los miembros de la série, acaba por hacerse el nombre del último de la série, que todavía existe. A esta causa se une otra. Cuando la familia patriarcal empieza á hacer prevalecer la filiacion en la luna masculina, el nombre de padre, aun en su sentido original, acaba por convertirse en el signo de la autoridad suprema, y por consiguiente, en un título honorífico. Hasta se ven confundir las dos causas en las naciones formadas de grupos patriarcales compuestos y recompuestos. El antepasado conocido más antiguo de cada grupo compuesto, que es á un tiempo el padre y el dios más antiguo del grupo compuesto, sucede que, por estar incesantemente representado en carne y hueso y en poder por el más antiguo descendiente del más antiguo, este patriarca, jefe á la vez de su propio grupo y del grupo compuesto, conserva respecto de uno y otro una relacion análoga á aquella en que está el antepasado elevado á la categoría de dios. Por esta razon, en su persona reúne hasta cierto punto los tres caracteres, divino, real y paterno.

De ahí que el uso de esta palabra como título real prevaleciera. Los Indios de América, lo mismo que los naturales de Nueva Zelanda, se sirven de ella para hablar á los jefes civilizados. Esto mismo es lo que se vé en África. Al frente de los diversos nombres del rey, entre los Zulús, se encuentra la palabra padre; en Dahomey, cuando el rey se dirige á pié desde el trono al palacio, los asistentes indican todas las desigualdades del suelo haciendo castañear sus dedos, por miedo de que se lastimen los pulgares de los piés reales, y acompañan esta música con un murmullo continuo, de las palabras «¡Dadda! ¡dadda!» (¡Gran padre, gran padre!) y «¡Dedde! ¡dedde!» (Poco á poco!) (1). Asia nos presenta ejemplos de la union de los dos títulos «señor rajah» y «señor padre». En Rusia, en nuestro tiempo, el nombre de padre es un título que se aplica al Czar; por último, esta misma palabra, bajo la forma de *sire*, era antiguamente en Francia un título comun á potentados de diferentes categorías, señores feudales y reyes; y continuó usándose al hablar al sobe-

(1) Burton. *Mission, etc.* 1, 273.

rano (1). El uso de este título se generalizó más rápidamente que de ordinario, tal vez á causa de su doble sentido. En todas partes lo hallamos empleado para expresar una especie de superioridad. Entre los Zulús, la palabra *baba*, padre, no es solo el título del rey, sino tambien el que los inferiores de todas categorías dan á sus superiores (2). En Dahomey, el esclavo lo da á su dueño como éste al rey. Livingstone nos cuenta que sus criados decían *nuestro padre* al hablar de él; Burchell era llamado de igual manera por los Bachasinos. Igual costumbre habia en Oriente antiguamente. Ejemplo: «sus servidores se acercaron y hablaron á Naaman y dijeron: Padre mio,» etc. Lo mismo sucede en la actualidad en el extremo Oriente. En el Japon «el aprendiz llama *padre* á su maestro.» En Siam, «las personas de clase inferior llaman *padre* y *madre* á los hijos de los nobles (3).» En fin; el P. Huc cuenta que vió algunos obreros chinos prosternarse ante un mandarin, exclamando: «¡Paz y ventura á nuestro padre y madre (4)!» La transicion que hace pasar á esta palabra á un uso más general, hallárase en la aplicacion que de ella se hace á los que independientemente de su categoría han adquirido la superioridad que la edad concede; superioridad que á veces sobrepuja á la de la categoría, como en el reino de Siam, y á veces en el Japon y en la China. Igual extension se produjo en la antigua Roma, donde la palabra padre era á la vez un título dado á los magistrados, y un título que los más jóvenes daban á los más viejos fuesen ó no parientes. En Rusia actualmente, se usa esta palabra para el Czar, los sacerdotes y los ancianos. Por último, se aplica á los jóvenes lo mismo que á los viejos (5). Bajo la forma de *sire* aplicada primeramente á los soberanos feudales, grandes y pequeños, el título de *padre* dió origen á la palabra inglesa *sir* de uso familiar.

Debemos todavía mencionar un curioso grupo de títulos derivados y usados en pueblos bárbaros y semi-civilizados. El deseo de hacer un cumplido, al dar á una persona la dignidad que la paternidad supone, hizo nacer en muchos

(1) Aunque la controversia relativa al origen de las palabras *sire* y *sieur* haya llevado á la conclusion de que estas derivan de la misma raiz, significando primitivamente, anciano, claro es sin embargo que la palabra *sire* era una construccion usada mucho antes que la palabra *sieur* (contraccion de señor) y que por consiguiente, recibió un significado más general para hacerse el sinónimo de padre. Lo que prueba la evolucion y extension precedentes de esta palabra es que ella se aplica á diferentes personas notables además de la de señor; y demuestra ser sinónima de padre, el hecho de que en el francés antiguo, *grand sire* era sinónimo de abuelo, y que la palabra *sire* nunca se aplicaba al hombre no casado.

(2) Cap. Gardiner. *Narrative etc.* 91.

(3) Mitford. *Tales of old Japon*. London, 1871, 1, 202.

(4) Sir J. Bowring. *The Kingdom and the people of Siam*. 1, 125.

(5) Waht. *The Land of the Czar*, 35.